

Ciencia y fe en perspectiva histórica: estudios sobre Galileo
Discurso de Mons. Melchor Sánchez de Toca Alameda,
Subsecretario del Consejo Pontificio de la Cultura
Pronunciado en el acto *in memoriam* del Profesor Mariano Artigas
el 23 de noviembre de 2007

Cuando don Mariano me propuso que escribiéramos juntos un libro sobre la Comisión Pontificia del Caso Galileo, me vino enseguida a la mente aquella anécdota del elefante y la hormiga: Ambos caminaban juntos por la polvorienta sabana cuando la hormiga, volviendo la vista atrás, exclamó: ¡caramba, qué polvareda estamos levantando!

Naturalmente acepté aquel ofrecimiento, encantado y al mismo tiempo sorprendido de que un veterano autor con tantas publicaciones en su haber me propusiese ser coautor en una empresa tan claramente desigual. Porque el libro que lleva la firma de ambos es un parto asimétrico, donde don Mariano puso la sustancia, o sea, el texto, el análisis, el juicio y yo la carpintería, los arreglos, las citas, el material de archivo y las últimas correcciones, de modo que puedo decir, sin falsa modestia, que tuyas son todas las glorias y míos solos los yerros.

La pregunta, sin embargo es: ¿Por qué este interés de don Mariano por Galileo? Él era un estudioso de la ciencia y su campo de especialización fue siempre la filosofía de la ciencia y la epistemología. En cierto sentido, puede considerársele también pionero en España de esa nueva disciplina conocida como *Science and Religion*. Fruto de este trabajo es su libro *La mente del Universo*¹, una obra de madurez acerca de la ciencia y la racionalidad del mundo, ganadora del premio Templeton. Sin embargo, en sentido estricto, no fue un historiador de la Ciencia.

El hecho es que Galileo ocupa un puesto central en la obra de Artigas. En la última etapa de su vida había proyectado un ambicioso plan, concebido como una tetralogía sobre el ilustre pisano, de la que hemos alcanzado a ver algunos frutos². El primer volumen de este proyecto es el *Galileo en Roma*³, escrito junto con William Shea, un conocido historiador de la ciencia canadiense, titular actualmente de la Cátedra Galileana de Historia de la Ciencia en la Universidad de Padua, donde Galileo enseñó de 1592 a 1610 y publicado en la prestigiosa Oxford University Press. Con Shea, Artigas repitió experiencia en su *Galileo observado*⁴, una galería de los distintos retratos que a lo largo de la historia se han ido haciendo de Galileo, y que van desde el héroe de la lucha por la libertad de la ciencia al hijo fiel de la Iglesia. Debía haberse publicado un tercero, *Desmitificando Galileo*, también en colaboración con W. Shea. Y finalmente, *Galileo y el Vaticano*, escrito junto con un servidor, un estudio acerca de la Comisión Pontificia sobre el Caso Galileo instituida por Juan Pablo II en 1981 y dirigida en su etapa final por el Cardenal Poupard, que es como una relectura del caso Galileo a través de las vicisitudes de esta Comisión. Además de esta tetralogía de madurez, don Mariano dedicó numerosos artículos a Galileo, incluyendo la publicación de un manuscrito inédito descubierto por él mientras rebusca-

¹ *The Mind of the Universe. Understanding Science and Religion*, Templeton Foundation Press, Philadelphia 2000.

² Don Mariano habla de este proyecto en nuestro *Galileo y el Vaticano*, cap. III, «Un centenario con sorpresa».

³ *Galileo in Rome. The Rise and Fall of a Troublesome Genius*, Oxford University Press, 2003.

⁴ *Galileo Observed. Science and the Politics of Belief*, Science History Publications, Sagamore Beach, 2006.

ba en los archivos de la Congregación para la Doctrina de la Fe⁵. A esta etapa de su vida corresponden también dos libros, el primero sobre la recepción de las teorías de Darwin en la Iglesia católica, *Negotiating Darwin*, y una interesante confrontación con los “oráculos de la ciencia”, los grandes representantes de la llamada “tercera cultura”, *The Oracles of Science*, analizando seriamente sus argumentos y confutándolos convincentemente.

Para un estudioso de la ciencia y de sus complejas relaciones con la fe, Galileo representa siempre un desafío. También lo es para el creyente y para quien tiene la misión de educar en la fe. Todos sabemos por experiencia que, casi infaliblemente, en cualquier debate sobre la Iglesia y la ciencia, el nombre de Galileo aparecerá antes o después como un argumento contundente en contra de la Iglesia. La condena de Galileo es uno de los artículos fijos de la letanía de agravios contra la Iglesia, en la que se incluyen también la Inquisición, las Cruzadas y algún otro episodio poco edificante de la Historia de la Iglesia.

Don Mariano era consciente de ello y dedicó muchas páginas de divulgación a aclarar pacientemente qué había sucedido realmente, a deshacer errores comunes y, como dice el título de su libro nonato, a desmitificar la figura de este personaje.

Me parece, pues, que el primer acercamiento de Artigas a la figura de Galileo, como para muchos de nosotros, era esencialmente apologético. Había que defender la verdad y explicar de manera sencilla y asequible, que Galileo no fue condenado a la hoguera ni murió en ella, que no fue declarado hereje, sino que fue un creyente sincero y un hombre genial, con un carácter difícil, padre de la física y de la ciencia moderna, pero no héroe de la lucha por la libertad, y algunas otras cosas más.

Sin embargo, hacia el final de su vida, en ese otoño romano que ha visto su obra más madura, don Mariano se centró especialmente en la figura de Galileo. No ya como argumento apologético, sino como objeto de un auténtico interés. Creo no exagerar si digo que Artigas se convirtió en el mayor experto sobre Galileo en el mundo de lengua española; o mejor, en el experto sobre el Caso Galileo, pues la historia de los acontecimientos en que el genial toscano se vio envuelto desborda su propia persona. Don Mariano conocía a fondo Galileo. Suya fue la idea, genial, de presentar la compleja aventura de Galileo y su proceso según un esquema temporal claro e inteligible, marcado por las seis estancias de Galileo en Roma. De Galileo, Artigas conocía su genialidad y sus debilidades y era capaz de reconocer ambos. Siempre consideró mala apologética el denigrar los méritos de Galileo para defender a la Iglesia, como lamentablemente es fácil hallar en cierta literatura católica. Además de la vida y obras de Galileo, Artigas era un experto conocedor de la *Wirkungsgeschichte* del Caso a lo largo de los siglos en sus diferentes interpretaciones. Todo ello le capacitaba para pronunciarse sobre una cuestión, de la que nunca trató de ocultar la complejidad, con juicios matizados, ponderados con un admirable y sabio equilibrio, algo que sólo pueden dar los años de investigación profunda y metódica y además, creo yo, impregnada de amor hacia la materia de estudio, en este caso, Galileo. En el prólogo de su *Galileo en Roma*, firmado por Artigas y por Shea, hay una pequeña anotación que expresa, en mi opinión, la estima de aquel por Galileo, cuando escriben que, de los dos autores, «el sacerdote, con frecuencia, identificaba la intuición de Galileo

⁵ Se trata del artículo «Un nuovo documento sul caso Galileo: EE, f. 291 r-v», *Acta Philosophica* 10 (2001) 199-214. De entre sus últimos artículos, cito: «Galileo después de la Comisión Pontificia», *Scripta Theologica*, 35 (2003) 753-784; «Lo que deberíamos saber sobre Galileo», *Scripta Theologica* 32 (2000) 877-896; ID.- R. MARTÍNEZ- W.R. SHEA, «Nueva luz en el caso Galileo», *Annuario de Historia de la Iglesia* 12 (2003), 159-179. Además de estos artículos, su libro *Ciencia, razón y fe*, contiene un capítulo, el primero, dedicado a «Galileo: Un problema sin resolver».

antes que el historiador; el historiador, a menudo recordaba al sacerdote que la Iglesia tenía argumentos consistentes»⁶.

En otro nivel más profundo, sin embargo, el interés por este episodio concreto de la historia de la ciencia se debe a la importancia que tiene para la comprensión de las relaciones entre la ciencia y la fe. El caso Galileo, a pesar de todas las exageraciones y distorsiones a que ha sido sometido, representa un momento crucial en la historia de la humanidad, especialmente en la historia de ese delicado entramado en el que, como en fino encaje, se entretajan los hilos de la fe y de la razón. Que, a su vez, en el fondo, no es sino una muestra de la paradoja misma que es el hombre, misterio donde se mezclan lo humano y divino, donde gracia divina y respuesta libre del hombre se entrelazan en única vocación del hombre.

Artigas explica así la importancia de Galileo:

“El Caso Galileo sigue manteniendo la misma fascinación de siempre, y tiene muchas cosas importantes que enseñarnos hoy. Creemos que es el **primer paso** para valorar adecuadamente las relaciones entre ciencia y religión”⁷.

Más aún, según Artigas, Galileo constituye, en cierto sentido, un *unicum* y, por tanto, un paradigma permanente. Escribía en su artículo «Galileo, un problema sin resolver», que «por lo que se refiere a las ciencias naturales, no se ha dado ningún otro caso análogo al de Galileo»⁸. Cuanto se ha presentado después como ejemplo de conflicto entre la ciencia y la religión, nace necesariamente de doctrinas que se presentan como científicas cuando en realidad son ideologías. Los conflictos que se presentan como nuevas ediciones del caso Galileo, como la oposición de la Iglesia a la manipulación de embriones, son extrapolaciones indebidas de lo que sucedió con Galileo. Galileo, recuerda Artigas, «nunca creó que sus teorías científicas fueran en contra de la fe o de lo que afirmaba la Biblia, de cuya autoridad no dudaba. Con lo que chocaba era con una errónea interpretación de la Biblia que hacían algunos teólogos de aquella época, aplicándola a cuestiones científicas»⁹.

Galileo es importante también por las lecciones que contiene para nosotros. En la clausura de la Comisión Galileana, Juan Pablo II se refirió a las lecciones que la historia del Caso Galileo podía ofrecer a nuestro tiempo. Don Mariano era bien consciente de ello y por eso escribió, en la conclusión de su *Galileo Observado*:

“La lección del Caso Galileo (si es que la historia puede enseñarnos algo) es que los teólogos no deberían pronunciarse acerca de las leyes de la naturaleza ni los científicos pedir que la religión se modifique para ajustarse a las especulaciones corrientes sobre la física. Reconociendo que la Biblia contiene todo lo que es necesario para la salvación, pero que no todo lo que contiene es necesario, y reconociendo que la ciencia nos proporciona el cómo, pero no una guía moral, podemos estar en camino para redescubrir la experiencia moral acumulada que hallamos en la religión. Somos lo suficientemente confiados para creer que es lo que Galileo también habría deseado”¹⁰.

⁶ *Galileo in Rome*, xi

⁷ *Galileo in Rome*, xi

⁸ *Ciencia, razón y fe*, Eunsa, Pamplona, 37.

⁹ *Ibidem*

¹⁰ *Galileo Observed*, 2000.

En tiempos de Galileo, el desafío era hallar un espacio para una nueva forma de conocimiento, lo que hoy llamamos la ciencia moderna, en un mundo dominado por otra forma de conocimiento: la religión. Hoy día, el desafío es exactamente el contrario. Se trata de hacer espacio a la religión en un contexto intelectual dominado por las ciencias naturales. Por eso, se pregunta:

“¿Cómo encajar la espiritualidad en un esquema conceptual de cosas que muchos consideran fundado únicamente en postulados materialistas? Tendremos que hablar de dos formas independientes, pero complementarias de alcanzar la realidad? O tendremos que perseguir la hipótesis más radical de que la ciencia y la religión son caminos convergentes que llevan a la misma verdad última? No existe una respuesta fácil”¹¹.

No existen recetas fáciles, ni respuestas preparadas. Tanto menos a la hora de juzgar un caso como el de Galileo, donde son muchos los elementos que hay que considerar para llegar a un análisis equilibrado y objetivo.

La lección permanente del Caso Galileo es la necesidad de integrar los distintos saberes, el conocimiento de las ciencias naturales con la sabiduría de la fe. Una nueva disciplina o un nuevo conocimiento debe integrarse con los demás y con las restantes dimensiones de la persona, si no queremos que emprenda una carrera en solitario, con consecuencias catastróficas para el hombre, como lo demuestra la historia reciente del siglo XX. Don Mariano expresaba así este deseo:

“Sigue siendo cierto que los progresos científicos sólo apartan de Dios cuando se los contempla desde una perspectiva parcial y distorsionada: si se razona a partir de ellos con un mínimo de rigor, constituyen una gran ayuda para encontrar a Dios”¹².

Don Mariano concluía con un deseo: «con toda seguridad, Galileo subrayaría incondicionadamente esta afirmación». Para él, ahora, es ya una certeza.

¹¹ *Galileo Observed*, 199.

¹² *Ciencia, razón y fe*, Eunsa, Pamplona, 38.